

bía muy bien e hizo lo imposible, enseñando a sus camaradas toda la letra, sobre la marcha, para que el catalán moribundo pudiese oír aquel aire de la tierra que tan necesario le resultaba a la hora de abandonarla:

*Dolça Catalunya,
patria del meu cor,
quí de tu s'allunya...*

¡Cuántas veces he pensado en aquel catalán! ¡Cuántas veces he intentado adivinar

qué secreta angustia movió el telefonazo de alguien que ya no volvió a llamar!

Todo fué bueno en Mendoza, porque no en vano es tierra de sol y de vino, y eso, compadres, es un privilegio. Las chicas habían condecorado con banderitas y flechas las solapas de un buen regimiento universitario. No les quedaban insignias ni para hacer cantar a un ciego. ¡Qué generosa y abierta ciudad!

(Continuará.)

